

Ya comenzaba á impacientarse por la tardanza de su señor, que acaso no pasase de arrendatario, cuando al oír sonar prolongadamente un timbre se acomodó de nuevo ante el tocador. Pocos segundos después una doncella levantaba la cortina de la puerta, dejando paso y diciendo:

—El señorito.

Á pesar del diminutivo, el hombre que entró, sin quitarse el sombrero, era un señor de cincuenta años, alto, bien plantado, mostrando en la mirada y el porte que á despecho de la barba entrecana y el pelo casi blanco, aun debía apreciar en toda su intensidad los encantos de aquella moza. Vestía con exquisita elegancia, y por su edad y aspecto aparentaba ser individuo de algún alto cuerpo del Estado, banquero poderoso ó senador por derecho propio. ¿Quién era en realidad? Uno de esos para quienes el deber es lo que ha de cumplir el prójimo; un favorito de la fortuna, ávido de goces, huérfano de escrúpulos, pero intolerante, asustadizo; nadie y la personificación de muchos.

Acercóse á Magdalena, dióle un beso en el cuello sin que ella mostrase resistencia ó agrado, y quitándose guantes, gabán y sombrero, se sentó en una butaca colocada frente al tocador de modo que pudiera ver á su amante por la espalda y al mismo tiempo contemplar su rostro, reflejado en el espejo.

—Besitos,—dijo ella frunciendo el entrecejo,—besitos... y poca vergüenza. Vamos á ver, ¿Por qué no ha venido *usted* ayer en todo el día? Mira, que si yo quisiera... apenas tenía horas libres.

—Hija, no he podido.

—No, ¿eh? ¡Un día entero! ¿Qué has tenido que hacer?

—Muchas cosas.

—Pues todo me lo has de contar para que te lo perdone... hora por hora... minuto por minuto...

Y alardeando de apasionada y ofendida, se levantó con el pelo suelto, yendo á ponerse de media anqueta en un brazo de la butaca donde él estaba, diciendo:

—Anda, pichón; dime todo lo que has hecho, y si mientes, ¡te ahogo!

—Pues, mira; ayer me levanté á las doce, almorcé, y á las dos ya me tenías en el Consejo magno de ferrocarriles Hispánicos.

—¿Y qué pitos tocas tú allí?

—Teníamos junta los consejeros, porque los guarda agujas piden aumento de sueldo y se han declarado en huelga. Dicen que ganan no sé cuanto, ocho ó diez reales, y trabajan dieciseis ó veinte horas... y no duermen. Acordamos negar, pero hubo discusión; hasta las tres y media estuvimos allí.

—¿Y luego?

—Fuí á Hacienda: á ver al ministro.

—¿Para qué?

—Ya sabes que tengo unas dehesas en la Mancha. Pues, entre investigaciones y denuncias... nada, que me quieren cobrar doble contribución de la que pago... ¡y no me da la gana!

—Pero, ¿con razón?

—Nunca hay razón para cobrar tanto. Claro que... en realidad debía pagar más... ¿pero quién paga lo justo? Nadie.

—¿Y qué te dijo el ministro?

—Medias palabras. No podía ser explícito, pero comprendí que todo se arreglaría. ¿No ves que en su distrito, si yo quiero, no saca el Gobierno ni un voto?

—En fin, que saldrás con la tuya.

—Cabal. Pagaré lo que hasta aquí.

—Y luego, ¿dónde fuiste?

De allí salí á las cuatro y media. Me encontré en la calle á Pignorote y estuvimos un rato muy largo hablando de negocios.

—¿Qué negocios?

—Una empresa que tenemos. La cosa parece que se tuerce. Pignorote es el que da la cara: el dinero es de varios, yo entre ellos. Dicen malas lenguas que si es limpio ó no es limpio. Todo consiste en adelantar dinero á señoritos... y claro que han de pagar algo. Que algunos son menores... pues que sean. Lo mismo necesitan dinero los jóvenes que los viejos. Pignorote dijo que iba á meter á un muchacho en la cárcel, pero ya verás como no lo consienten sus padres.